

PARA EL DIA DE LA VISITACION.

SOBRE LOS OBSTACULOS QUE NUESTRO AMOR

PROPIO OPONE A LA GRACIA.

DIVISION.—*Nuestro amor propio casi siempre opone tres obstáculos á la gracia. I. Una falsa cortesía. II. Lo difícil de la virtud. III. Finalmente, una falsa persuasión de que podemos valernos de mitigaciones en el camino de la salvación.* María emprendiendo sola este viaje nos confunde, primeramente sobre las infinitas razones de respeto humano que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo. María, no obstante la delicadeza de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel por entre las montañas y caminos mas difíciles, condena, en segundo lugar, nuestra cobardía, que se atemoriza y detiene en el vicio por la dificultad de la virtud. Finalmente, María dándose siempre priesa, no obstante lo dilatado del viaje, nos enseña en tercer lugar, á no mitigar con lentitudes y condescendencias el rigor de la vida evangélica.

Primera parte. El primer obstáculo que oponemos á la gracia es una falsa atencion al mundo: hay lagunos delitos de

que aún el mismo mundo se avergüenza y los condena abiertamente; pero hay tambien algunos vicios menos odiosos y algunos desórdenes mas felices, que parece han prescrito contra el Evangelio, y á los que el mundo coloca honrosamente entre las virtudes. De esta falsa idea que se forma de estas aparentes virtudes, nacen aquellos respetos tan poco cristianos, aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesucristo; no nos atrevemos á no conformarnos con las costumbres que han prevalecido, no queremos condenar al mundo con unas singularidades afectadas: en la conducta de María tenemos con qué confundir al mundo en un punto tan importante; deja á Nazareth por ir á visitar á Isabel: ¿cuántas razones pudiera haberla sugerido una falsa atencion y el temor de lo que diria el mundo para excusarse de este viaje? 1.º Solo sabia el preñado de Isabel por la noticia que la dió el ángel; ¿pero la creerán sobre su palabra el que habia recibido esta embajada celestial? 2.º Siendo descendiente de los reyes de Judá y constituida poco antes Madre de Dios, ¿no es contra la decencia que vaya á humillarse en presencia de una mujer que la es tan inferior? 3.º ¿No se oponian las leyes del pudor á un viaje tan dilatado y peligroso? ¡Ah! nosotros no buscamos pretextos tan honestos para acobardarnos, y nuestro amor propio se contenta con otros peores. El temor de que el mundo se burle de nosotros, nos sirve de suficiente razon para excusarnos de las leyes del Evangelio. ¡Pero oh! ¡y qué grande es nuestra ceguedad! no queremos tener una devocion que sea reparable y nos haga pasar plaza de hombres extraordinarios; pero si el contagio es universal ¿cómo hemos de poder salvarnos sin ser singulares? Desengañémonos, católicos; los santos siempre fueron tenidos por singulares, porque la vida del comun de

los hombres no puede ser una vida cristiana; y es una torpe ilusion pensar que siempre tenemos razones para ofender á Dios y que nunca las tenemos para volvernos á él y servirle; por eso nos sucede que perdemos todos los instantes de la gracia; mil veces nos ha avisado Dios, nos ha solicitado, nos ha importunado sin que hayamos tenido que oponer mas que el temor de los vanos discursos del mundo; pero temamos el que por último llegue á cansarse de sus instancias y de nuestros desprecios. Nuestra conversion no depende de nosotros, sino de Dios, y no tenemos seguridad de volver á recibir cuando gustemos las gracias que se nos han ofrecido y hemos rehusado. Además de esto, pues estamos tan ilustrados acerca de los respetos mundanos, cuando con nuestras disoluciones éramos el escándalo de nuestro pueblo, ¿servian éstos de freno para contenernos? Solamente somos tímidos y circunspectos con Dios, y solamente nos excedemos en precauciones cuando se trata de servirle. Conozcamos, pues, la injusticia de nuestro corazon en este punto.

Segunda parte. Dificultad de la virtud. Segundo obstáculo que opone el amor propio á la gracia. Hay algunas personas que vivamente acobardadas con la idea que forman de la perfeccion cristiana, solamente envejecen en la iniquidad, porque las parece que nunca podrán llegar á la verdadera justicia; peligrosa ilusion que hace agravio á la gracia del Salvador, como si para el Señor hubiera alguna cosa imposible. La conducta, pues, de María nos ofrece hoy razones con que desengañar al mundo de esta ilusion. Sin reflexionar demasiado acerca de su propia flaqueza, atraviesa las mas inaccesibles montañas: *Abiit in montana.*

Yo conozco hasta dónde llega mi flaqueza, soleis decir; sé que la vida cristiana es una profesion pública de peni-

tencia, que es necesario llevar su cruz y negarse á sí mismo para ser discípulo de Jesucristo; lo sé, y esto es justamente lo que me hace desesperar de no poder nunca llegar á ser justo, porque conozco que aunque tenga horror al pecado, nunca podré vencerme en lo demás. Pero ¡oh hombre! ¡qué grande es tu desorden en este particular! Conoces tu flaqueza y tu insuficiencia; pero oye aquellas palabras del Salvador: Venid á mí todos los que os hallais débiles y cansados, y yo os aliviare; aquí es donde has de buscar la fuerza que te falta.

Tambien decís que os detiene la dificultad de la empresa. ¡Ah! si como en otro tiempo fuera necesario exponeros al furor de los tiranos por la fe de Jesucristo, tendríais algun motivo para temblar, contemplando vuestra flaqueza, aunque entonces debírais decir con el apóstol: *Todo lo puedo en el que me conforta.* ¿Pero qué es lo que hoy se os pide? solamente el sacrificio de vuestras pasiones, y vosotros sacrificais neciamente la esperanza de una eterna felicidad á vuestra flaqueza y cobardía; muy diferentes en esto de los fieles de los primeros tiempos, á quienes los mas crueles suplicios no podian separar del amor á Jesucristo; y ahora parece que cuesta demasiado el ser cristianos, cuando solo cuesta el sacrificar un deleite, como si el Dios que adoramos fuera ahora menos digno de nuestras ansias.

Por otra parte, os figurais amarguras en el partido de la virtud; pero proceded de buena fe, y decid con sinceridad todos los disgustos que acompañan á la vida del siglo. ¿Qué no diríais acerca de esto y qué no se dice todos los dias en el mundo? ¿á qué terribles pesares no expone la vida del siglo? Y aun cuando éstos pudieran evitarse, ¿podrá el pecador librarse de sí mismo? Por mas que se ciegue, siempre lleva consigo un caudal de inquietud que le des-

pierta aun en medio de las alegrías y de las diversiones. Sobre este pié camina el mundo; lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso, gustamos de él; nos familiarizamos con los pesares que no tienen consuelo y de los que ninguna cosa nos alivia, y nos estremecemos solamente con pensar en los santos rigores del Evangelio, á los que consuela la fe, mantiene la esperanza y suaviza la caridad.

Pero para confundir la iniquidad con la iniquidad misma, os suplico me digais: un hombre entregado á la ambicion ó á la concupiscencia, ¿se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Temamos, pues, que el ambicioso y el lascivo nos confundan en el tribunal de Jesucristo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza cuando se trata de la salvacion.

Tercera parte. Otro error que reina en el mundo acerca de la dificultad de la salvacion, es el persuadirnos que ésta no encierra en sí tan grandes dificultades. A algunas personas que han nacido con un génio tranquilo y apacible, no les parece hallar en el Evangelio nada que mortifique su amor propio, y viviendo con tranquilidad acerca de su salvacion, lloran el desórden de los pecadores que no quieren salvarse casi á menos costa que se condenan. Ilusion torpe é injuriosa á la cruz de Jesucristo, la que tambien confunde el ejemplo de María, pues sin examinar si podrá llegar á la ciudad de Judá por caminos menos ásperos y penosos, escoge sin detenerse el camino mas difícil, enseñándonos con esto que es necesario que cueste trabajo el salvarse y que el reino de los cielos solamente es premio de las continuas violencias en que nos hubiésemos ejercitado. No obstante, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion; dice que es santa la austeridad de los claustros, pero que no todos somos llamados á

ellos; que supuesto que hay muchas mansiones en la casa del Padre celestial, porque no merezcamos las primeras no se debe inferir que estamos excluidos de las demás; finalmente, que el Evangelio no prohíbe las honestas alegrías, y los que se fian en esto, con tal que no lleguen á los mas abominables excesos, juzgan caminar por buen camino porque aun no están en lo profundo del precipicio.

¿Pero en qué no podrá engañarse el entendimiento humano cuando se engaña en esto? Porque, finalmente, nada se puede añadir á las precauciones que ha tomado la divina sabiduría para dar á conocer á los hombres que las cruces y los trabajos les son tan indispensables como el sacramento que los reengendra. Lo que mas admira es que no solamente el siglo, sino tambien los que hacen profesion de la piedad, se engañan acerca de esto, y cada uno se forma un Evangelio aparte, en el cual halla el secreto de autorizar sus flaquezas, porque el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos mismos que parece ejecutan sus máximas.

